

Jubilados

He oído, a muchas personas, quejarse amargamente de que Chile es un país de jubilados, que el Estado debe pagar cuantiosas sumas para costear esas jubilaciones, que gracias a ello cada día producimos menos y gastamos más y que, a este paso, vamos francamente a la ruina. Otras personas dicen esto mismo por escrito.

Todo esto me sorprende. Desde que tengo uso de razón no he oído jamás decir que Chile esté floreciente, que el Estado tiene superávit en vez de déficit o que nuestra situación general es envidiable; nada de eso. Los que hemos nacido a fines del siglo pasado o a principios de éste, sólo hemos escuchado todo lo contrario. Nos han tocado las vacas flacas; las gordas se las comieron otros, aunque sólo unos pocos de esos otros: la mayoría debió contentarse con el cogote y otras viles presas. ¿Y por qué, si nuestra pobreza es ya crónica, se quiere ahora echar la culpa parcial de ella a los jubilados, que no existen sino desde hace unos pocos años?

He conocido a varias personas que se jubilaron. La mayoría lo hizo cuando en realidad les era imposible ya trabajar; muchas de ellas murieron al poco tiempo de jubilar y uno murió el mismo día de obtener su jubilación: el corazón no le dió para más. Y era gente que había trabajado durante treinta o más años, ganando sueldos que no les permitieron ni siquiera ahorrar para que sus familias pudiesen pagar un entierro decente. El hecho de que tanto la caja de empleados públicos como la de Seguro Obrero obsequien a los deudos una suma de dinero para sepelio, da idea de la pobreza de la gente que trabaja en este país.

Treinta años de trabajo en Chile matan más que cincuenta en un país de alto standard de vida.

Un obrero que tuve a mis órdenes en las Prensas de la Universidad de Chile, gozaba de una jubilación del Seguro Obrero de cinco pesos y sesenta centavos; otro, de dos pesos más. Los dos están durmiendo ya bajo tie-

rra; se aburririeron, quizá, de tan pingüe jubilación.

¿Acaso se quiere que los hombres trabajen hasta caer muertos en sus escritorios, en sus oficinas, al pie de los chivaletes o debajo de sus linternas o que, como sucedía hace treinta años, incapaces ya de trabajar mendiguen de taller en taller o de puerta en puerta?

No es entre los hombres que echaron el bofe durante decenios y que, hoy, si no han muerto, gozan de una pensión miserable, donde debemos buscar a quién echar la culpa, no; los culpables, si es que los hay, deben estar en otra parte. Los hombres que han trabajado merecen respeto, por lo menos el respeto de los que trabajan como ellos trabajaron.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©